

que se haga justicia á las personas agraviadas. » Santa Eustoquia murió por los años de 419, y fué enterrada junto á su madre (1).

EL BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR.

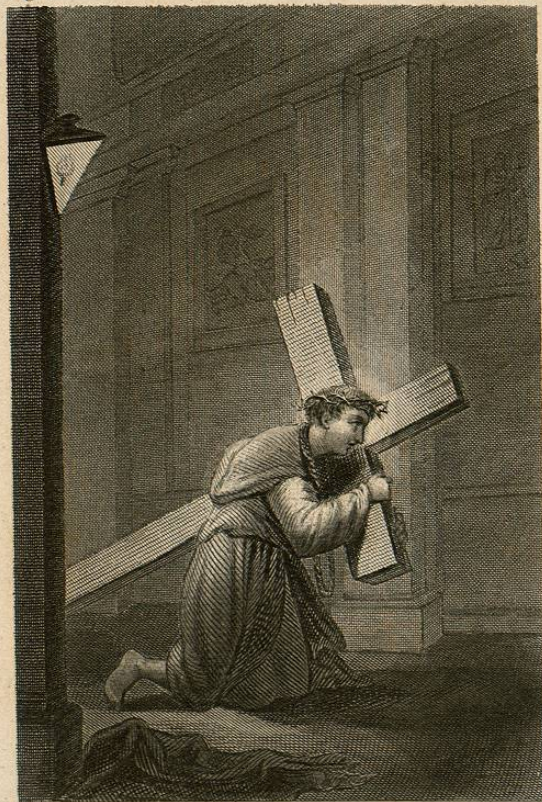
Como la Iglesia de Dios es comparada en las sagradas letras á una casa grande, cuyos individuos tienen diversos oficios en que emplearse, así tambien se verifica que los santos, quienes ejercen las funciones mas augustas de esta gran casa, resplandecen en diversas virtudes, que á cada uno de ellos dan su cierto carácter y le singularizan. El beato Simon de Rojas parece que fué dado á la Iglesia para promover el culto y devoeion del dulcísimo nombre de María: esta ocupacion es la que forma su carácter; pero no se redujeron á ella sola los oficios de su portentosa vida, que es como sigue.

Nació este gran siervo de Dios en la ciudad de Valladolid á 28 de octubre de 1552, de padres no menos ilustres por la nobleza de su sangre, que por la piedad de sus costumbres. A los catorce meses de haber nacido, cuando los niños dificultosamente aciertan á formar palabra alguna, dijo con la mayor claridad y distincion: *Ave Maria*, como en anuncio del singular esmero con que habia de promover el culto de la Reina de los ángeles. Este hecho verdaderamente maravilloso despertó el cuidado de sus padres para procurar darle una educacion correspondiente á los altos designios que ya delineaba en él la divina Providencia. Mirábanle con singular respeto, y sus acciones estaban adornadas de tal modestia y compostura,

(1) Véase á san Jerónimo, lib. de *Virginitate*, y epistolae 22, 26, 27.

T. 9.

P. 662.



EL B. SIMON DE ROJAS, C.

que se dejaba entrever fácilmente que Dios había destinado aquel niño para grandes cosas. Luego que tuvo la edad proporcionada para recibir las lecciones de los maestros, se los procuraron, y el santo niño había recibido del cielo un entendimiento tan claro y un ingenio tan perspicaz, que apenas tenía doce años cumplidos cuando ya sabía no solamente leer, escribir y contar, sino la gramática y la retórica.

Como á la verdad semejantes conocimientos no eran vulgares en una edad tan tierna, todos aplaudían las virtudes intelectuales del santo niño; pero el que estaba elegido de Dios para ser un vivo dechado de todas las virtudes, se abismaba dentro de si mismo, reconociéndose indigno de los elogios que le tributaban, y atribuyendo á Dios, autor de todo bien, lo bueno que en él se encontraba. Estos aplausos y el peligro que traían consigo hicieron temblar la purísima inocencia del santo niño, y comenzó á conocer cuán nocivo es el mundo á los que quieren servir á Dios, aun cuando mas apacible y benéfico se les muestra. Conoció que no podría tener seguridad en un mar tan tempestuoso, y que el medio mas oportuno para librarse de sus peligros era abandonarle enteramente acogiéndose con celeridad á un puerto seguro. Consultó con Dios su determinacion; y hallando que su divina Majestad la aprobaba, segun lo declaró por medio de sus ministros, dió parte de ella á sus padres, quienes no pudieron menos de conocer que aquel era un llamamiento de Dios, al cual debían conceder todos los auxilios. Hicieron las diligencias necesarias, y tomó el hábito de religioso en el convento de la santísima Trinidad de Valladolid cuando apenas tenía trece años. A poco tiempo que estuvo el santo en el noviciado conocieron los religiosos que Dios había traído á su orden un rico tesoro de virtudes. Hacíaselo conocer así la puntualidad con que

asistía á todas las observancias, el placer que manifestaba en los ejercicios humildes, y el esmero con que procuró enterarse de las multiplicadas obligaciones de aquel estado que habia de profesar á su tiempo. Llegó este, é hizo su profesion con aquel fervor de espíritu que era consiguiente al que le habia traído á la religion, y los religiosos quedaron sumamente complacidos de ver ya asegurada una persona que tanto lustre podria dar con el tiempo á su familia. Para este efecto, le enviaron sus prelados á estudiar artes y teología, en lo cual manifestó á un tiempo el gran talento de que Dios le habia dotado, y principalmente el santo fin á que se dirigian sus estudios. Ordenaba estos á su propia santificacion y al provecho de sus prójimos; y así, lejos de servirle para hincharse con aquel orgullo que produce la vana sabiduria, causaban en él nuevos conocimientos de las grandezas de Dios que le excitaban al ejercicio de las virtudes. Tanto sus condiscipulos como sus maestros admiraban en el santo jóven la viveza de ingenio con que penetraba las cuestiones mas difíciles y enredosas; pero mas principalmente admiraban en él un tenor de vida sacrificado enteramente á la piedad.

En este tiempo llegó el santo á la edad que requieren los sagrados cánones para recibir el sacerdocio. Preparóse para esta sublime dignidad con fervorosa oracion y copiosas lágrimas, y cuando la hubo recibido, solicitó de sus superiores que le permitiesen ir á decir la primera misa en el santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, que es un convento de la misma orden que está en un desierto pocas leguas distante de la ciudad de Salamanca. Detúvose en aquel santuario algunos dias para satisfacer su tierna devoción; y habiendo proseguido los estudios, fué destinado al convento de Toledo á enseñar filosofía en el

año de 1579. Su magisterio no se reducía precisamente á enseñar las especulaciones de la naturaleza, sino la ciencia de los santos fundada en el temor de Dios. Los muchos y sobresalientes discípulos que sacó, tanto en ciencia como en virtudes, son la prueba mas auténtica del esmero que en esto ponía. Entre ellos se cuentan el maestro Reinoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Monroy, muerto en Argel por la fe de Jesucristo, y otros insignes varones nada inferiores á estos en ciencia y en virtud. Luego que concluyó de leer artes y teología, sumamente complacido de haber sacrificado en esto á la obediencia los principales deseos de su alma, se determinó á poner estos en ejecución. Reducianse á procurar la salud de sus prójimos por medio del ministerio de la palabra, y administrando dignamente el sacramento de la penitencia. Como estaba adornado de todas las prendas que constituyen un predicador evangélico, era admirable el fruto que hacia con sus sermones. La sublime ciencia que habia conseguido por medio de sus estudios, y mucho mas en la oracion y trato con Dios, le hacia hablar con una dignidad asombrosa de los divinos misterios. Por otra parte, sus sermones no constaban de aquel aparato de palabras y cúmulo de erudicion con que parece que los predicadores pretenden elogiarse á si mismos cuando enseñan al pueblo las virtudes de los santos y las reglas de la moral evangélica. Sus discursos tenian únicamente el aparato de la sencillez y el lenguaje de la verdad. Su misma virtud, que era una virtud sólida, les daba nuevo vigor y eficacia; y así sucedía que, prorumpiendo el santo en lágrimas al tiempo de declamar contra algun vicio ó de presentar la amabilidad de la virtud, salian de sus sermones los pecadores arrepentidos y los buenos mas enervorizados. Iguales pro-

gresos hacia en las almas en el tribunal de la penitencia, pues como hábil maestro y médico consumado, á unas les enseñaba los caminos de la virtud, y á otras les aplicaba remedios saludables para sanar de las llagas que los vicios habian hecho en ellas. El visible aprovechamiento que producía su direccion le hacia ser buscado de todos, de unos para que los dirigiese en sus dudas, y de otros para que con la imposición de sus manos los sanase de sus dolencias, pues ya iba Dios manifestando con sus acostumbradas maravillas cuán grata le era la intercesión de este siervo suyo.

Aunque procuraba ocultar su virtud á los ojos del mundo como quien conocía cuánto tienen de contagiosos para inspirar la peste de la vanidad, sus acciones eran notoriamente santas, y en esta parte hicieron traición á sus deseos. Divulgóse la fama de sus virtudes por toda la provincia; y como había muchos conventos que anhelaban mantener la rigidez de la primitiva observancia, solicitaron y consiguieron para este fin tenerle por prelado. A los ojos de los santos tienen las prelacías distinto parecer que á los de los ambiciosos. Estos las miran como lugares de delicia en donde pueden dar satisfacción á sus pasiones con la libertad que les proporcionan la autoridad y la independencia; pero los justos las ven como realmente son, esto es, como cargas pesadas, como escollos peligrosos y como empleos que los hacen responsables de los delitos ajenos. Excusóse el santo cuanto pudo para no recibir sobre sí empleos en que podía peligrar la salvación de su alma. Hizo todas aquellas representaciones que dictan en semejantes casos la humildad, el temor de desagradar á Dios y el deseo de mantener tranquila la conciencia; pero estrechado por el precepto de los superiores, tuvo que recibir sucesivamente varios ministerios en varios

conventos, el oficio de visitador de diversas provincias, y últimamente la dignidad de provincial de su provincia de Castilla. El que siendo súbdito resplandecía tan singularmente en todas las virtudes, no brilló menos cuando, puesto como antorcha en el candelero, se vió precisado á ilustrar á los demás con las luces de su ejemplo. Nada mandaba en que él no fuese el primer ejecutor; era el primero en la asistencia al coro y á todos los actos que prescribe la observancia, sin que jamás faltase á ninguno, á no estar ocupado en algun ejercicio de caridad. Era benignísimo con sus súbditos, y si tal vez los defectos de estos le obligaban á usar de la corrección ó del castigo, lo hacía con tal dulzura de razones, que, al tiempo que quedaban enmendados, quedaban también persuadidos de que en su prelado tenían un verdadero padre que amaba sus personas tanto como aborrecía sus transgresiones. Deseaba el santo que cada convento fuese un seminario de virtudes, y como para lograr este efecto es el ejemplo tan poderoso, él mismo las practicaba todas, haciéndose el maestro de sus súbditos. Su retiro era extremado; igualmente lo era su silencio, empleando el tiempo que le sobraba de los precisos negocios, en la oración y en la lectura de libros devotos. De aquí salía tan compuesto y edificado en sus acciones, que al verle les parecía á todos un ángel del cielo. Parecíaseles también en la angélica virtud de la castidad, bien que procuraba custodiársela con todos los rigores de una vida austera. Aun desde muy jóven ayunaba tres veces á la semana, sin tomar otro alimento que pan y agua. Lo mismo hacía en el adviento, en la cuaresma y en las viglias del año; y en los días restantes jamás comía otra cosa que yerbas y legumbres, añadiendo alguna vez por regalo particular un huevo; pero nunca carne. Dormía muy poco, y eso sin quitarse el hábito; asistía á los mai-

tines á media noche, y el resto de ella lo gastaba en oracion y otros ejercicios devotos.

Luego que amanecía, celebraba el santo sacrificio de la misa con tal ternura y devocion, qual manifestaban sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. De allí salia tan encendido en el amor de Dios y de sus prójimos, que no cesaba de socorrerlos, unas veces asistiendo á las cárceles y á los hospitales. otras consolándolos en el confesonario, y otras, finalmente, solicitando de los fieles copiosas limosnas para socorro de los necesitados y redencion de los miserables cautivos. En estos piadosos fines consumia quanto podia haber á las manos, quedándose con una pobreza tan extremada, que no tenia mas que un solo hábito, y ese remendado, y unos ajuares en la celda mas propios para causarle mortificacion que para traerle alguna conveniencia. Noticioso el rey Felipe III de las sublimes virtudes del santo Rojas, deseó tenerle cerca de sí para oír sus consejos en los asuntos importantes de estado. Insinuáronle al monarca que le diese algun empleo en palacio con lo que conseguiria su fin; pero conociendo mejor que los áulicos el carácter de la sólida virtud que resplandecia en el santo padre, respondió discretamente: *Ese seria puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia; si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.* Tan resignada tenia su voluntad en las manos de la obediencia, y tan notoria era la exactitud con que la observaba, que no se pudo ocultar á los ojos del soberano. En efecto, en 1600 fué el beato Simon de Rojas á Madrid, en donde permaneció de continuo casi todo el resto de su vida. El desasosiego de la corte no pudo turbar un punto el tenor de los ejercicios en que se ocupaba en otros conventos. Ya se le veia en el púlpito, ya en el confesonario, unas veces

en las cárceles, otras en los hospitales, y siempre empleado en beneficio de sus prójimos. Tenia suma delicia en aderezar y repartir por su mano una olla á los pobres menesterosos, para cuya limosna, si alguna vez le faltó el auxilio humano, no le faltó Dios con sus prodigios. En medio de este tenor de vida, que para un hombre ya anciano, y debilitado en las fuerzas corporales era una verdadera penitencia, era tal la austeridad con que trataba su cuerpo, que el no morir era un verdadero milagro. Además de los cilicios con que traia ceñido su cuerpo y las muchas disciplinas de sangre que tomaba, hacia diariamente esta horrorosa penitencia. Todas las noches despues de cantados maitines se bajaba al claustro en compañía de un confidente suyo, único testigo de su fervor. Hacia se atar á una columna, y que le diesen muchos azotes en memoria de los que habia recibido nuestro Redentor. Tomaba despues una cruz á cuestras; fijábase en la cabeza una corona de tan penetrantes espinas, que le corria la sangre por el rostro; echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra, andaba por el claustro las estaciones contemplando los tormentos que padeció Jesucristo, y que tan al vivo copiaba en sí propio. Acabadas las estaciones, tendia la cruz en el suelo, y echándose sobre ella, se hacia atar los piés y manos, y levantándola despues, quedaba por espacio de dos horas en aquella dolorosa postura hecho un vivo retrato de Cristo crucificado. Este género de penitencia causaba tales delicias en su espíritu, que ningun empleo ni ocurrencia fueron bastantes para que pensase jamás en dispensársela. Los ojos sensuales verian en este penoso ejercicio un medio de finalizar cualquiera vida, por robusta que fuese; pero Dios, que le daba espíritu para emprender tamaños rigores, le daba tambien fuerzas para sobrellevarlos sin menoscabo

de su salud. Por el contrario, se hallaba todas las mañanas tan ágil y expedito para los negocios de caridad como si hubiese descansado en un delicioso lecho.

Un cúmulo de virtudes tan singulares no pudieron ocultarse á los ojos de los soberanos por mas que el santo lo procuraba. Un amor tan singular á sus prójimos, confirmado con las obras; una pobreza y desinterés tan poco comunes en los que tienen valimiento en la corte; y últimamente, la imágen de la penitencia que llevaba pintada en su rostro, eran suficientes para hacer su fama eterna y conciliarle mal de su grado las atenciones y respetos de todos. Pero á todo se juntaba en el beato Simon la discrecion de espiritus, el don de profecía, la penetracion de corazones, y otras gracias con que adornó Dios á su siervo, y son por lo comun indicios de grande virtud. Por esta causa Felipe III y su esposa Margarita le veneraban de tal modo, que le consultaban en los negocios mas arduos del estado, y ponian en sus manos muchas veces la direccion de sus conciencias. Principalmente el rey llegó á tenerle tanto respeto, que le veneraba como á santo, y cuando desde su cuarto pasaba el beato Rojas al de la reina, el mismo monarca le acompañaba, y le tenia la cortina para que pasase. Complaciase además en visitar al santo en su celda, llevando consigo á los principes sus hijos, haciéndoles notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajuares que le habian de producir mas gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el monarca á ver repartir al santo aquella comida que daba á los pobres en los claustros de su convento, alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, otras la singular devocion que en aquel acto se manifestaba á la Reina de los ángeles ensalzando de continuo su

santo nombre, y otras en fin, la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para criar holgazanes que sobrecargasen al estado, sino para alimentar á soldados inválidos que habian perdido sus miembros peleando en África contra los moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia. Esta devocion la miraba el santo con tan singular inclinacion y cariño de su alma, que no perdía proporcion alguna de establecerla, uniéndola á la congregacion del Ave Maria. Era en esto tan eficaz, que en pocas horas que permaneció en la ilustre villa de Colmenar de Oreja, pasando por allí cuando iba llamado de los reyes, fundó la congregacion del Ave Maria, á la cual han unido despues los piadosos corazones de aquellos honrados vecinos la caritativa accion de dar limosna á setenta y dos pobres, que es el modo con que hasta este dia celebran la fiesta del beato.

De cada dia se iba aumentando la veneracion que le tenia Felipe III, y de cada dia crecian mas las maravillas con que Dios hacia gloriosa su fama. Una de ellas se vió en la muerte de la reina. De resultas de un mal parto, acometió á aquella princesa un paroxismo tan mortal, que todos llegaron á creer se habia acabado su vida. El rey principalmente, como tan piadoso, estaba sumamente acongojado por verla morir sin haber recibido los santos sacramentos. Significó su dolor al beato de Rojas, y el santo le consoló, asegurándole que no permitiría Dios que muriese la reina sin ese consuelo. Fuése inmediatamente á su cuarto, y al entrar en él dijo en alta voz, como tenia de costumbre, *Ave Maria*. La reina, como si despertara de un sueño, respondió desde luego: *Gratia plena, padre Rojas*: recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el santo á su cabecera hasta que espiró. Conociendo el monarca el mérito del

santo, queria premiarle haciéndole obispo de Jaen y despues de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como el rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de los señores infantes sus hijos. Convino el santo en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo tan honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia hecho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV por confesor de su augusta esposa doña Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las reinas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de Reverendísima. La tercera condicion fué, que no habia de cobrar pension alguna, y oponiéndose á esto la reina, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinterés le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los soberanos, y lo mucho que estos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para los conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesasen los monarcas. Como el santo era tan sumamente devoto de María Santísima, siendo su santo nombre el mas continuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de ellos fué la congregacion del Ave

María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al rey que se alistase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual pretension le fué concedida con gusto. Solicitó tambien que protegiese el rey el intento de que en su orden se celebrase el dulcísimo nombre de María; y el piadoso monarca, que veia la tierna devocion de donde nacian semejantes solicitudes, no pudo menos de interesarse con el sumo pontífice para dar al beato Rojas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Rojas setenta y dos años de una edad empleada en el servicio de Dios, en el de la religion, en provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas virtudes. Queria Dios premiar estas, y dióselo á entender á su siervo. Esta nueva fué para el santo la mas agradable y venturosa que habia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse de todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente á sí mismo, y ponerse en estado de presentarse con confianza en el tribunal de la justicia divina. Despidióse de los reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viaje que tenia que hacer en breve. Oyéronlo con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viaje era aquel, bien ajenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de setiembre de aquel año fué acometido de un accidente de apoplejía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid, acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, unos le besaban los pies y las manos, otros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le

acclamaban por santo. La reina cuidó de que fuesen los médicos de cámara á restablecer, si fuese posible, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así, todas las humanas diligencias fueron inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la reina y la demás gente de palacio que habia muerto el padre Rojas, conocieron que este era el viaje para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de revelarles la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exequias con grande concurso de gentes de la primera gerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada esta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fué beatificado por el papa Clemente XIII en el año de 1766. Venérase su santo cuerpo en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores continuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este santo disfruta con el Dios de misericordias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Privato, mártir, que, estando cubierto de úlceras, y habiendo sido curado por el papa san Calixto, fué luego azotado con cuerdas emplomadas por la fe de Jesucristo, hasta quitarle la vida en el acto, bajo el emperador Alejandro.

En el mismo lugar, san Estadeo, mártir.

En África, san Marcial, san Lorenzo y otros veinte santos mártires.

En Antioquia de Pisidia, san Marcos, pastor; san Alfeo, san Alejandro y san Zósimo, los tres hermanos;

san Nicon, san Neon, san Teodoro y treinta soldados, que, convertidos á Jesucristo por los milagros de san Marcos, fueron todos martirizados, aunque en distintos lugares y de diferentes modos.

El propio dia, el martirio de san Máximo, bajo el emperador Decio.

En Bohemia, san Wenceslao, duque de Bohemia y mártir, ilustre por su santidad y milagros, el cual fué muerto en la casa de su hermano, y consiguió la palma del martirio.

En Tolosa de Francia, san Exuperio, obispo y confesor: este santo varon, segun refiere san Jerónimo, era escasisimo consigo mismo y generosissimo con los otros.

En Génova, san Salomon, obispo y confesor.

En Bresse, san Silvino, obispo.

El propio dia, santa Eustoquia, vírgen, hija de santa Paula, que, habiendo sido educada cerca del pesebre del Señor con otras vírgenes, murió colmada de infinitos merecimientos.

En Alemania, santa Lieba, vírgen, célebre por sus milagros.

En Toul, san Alcas, obispo.

En Auxerre, san Alen, obispo.

Cerca de Chalons del rio Saona, san Chaumondo, obispo de Leon, muerto atrozmente por orden de Ebroino.

En Sens, san Onoberto, obispo.

En el obispado de Auch, santa Doda, vírgen.

En Die, san Ismeon, obispo, antes canónigo de Leon.

En Oriente, el santo profeta Baruch.

En Palestina, san Cariton, célebre fundador de lauras.

En Corozain del mismo país, san Tiemon, arzobispo de Salsburgo, victima de los Turcos por la fe.